

—¿Yo?..... nada, dijo al fin; tengo mucho calor y el sol....
Se dejó caer sobre un banco apoyando el codo contra la mesa. Ana corrió á buscar cerveza, leche, pan, manteca y carne fiambre, y lo puso todo delante de Hendrick, que la miraba tristemente ir y venir.

—Come, le dijo ella, viendo que no tocaba á nada.
Procuró hacerlo, pero el apetito del pobre jóven habia desaparecido. Tenia un aire tan abatido que las lágrimas se asomaron á los ojos de Ana. Afortunadamente para ellos Piet que no habia observado nada salió de la casa y los dejó solos.

—Estás triste, dijo miss Daring.
—Pienso en un viaje que determino hacer.
—¡Ah, un viaje!.... ¿Muy largo?

—Si, un año..... y puede ser dos años.

—¿Dónde quieres ir?

—Los mercaderes de esclavos que pasaron por aquí hace un año, me refirieron que en la embocadura del Zouga, á unas setecientas millas de aquí, habia magníficos pastos y terrenos muy fértiles..

—¿Y qué?, preguntó la jóven.

—Tengo ganas de fundar un establecimiento en esos terrenos.

—¿En medio de los salvajes? Serás asesinado el dia menos pensado.

Hendrick se encogió de hombros.

Me es igual, parecia decir.

—¿Y nos dejarás? preguntó Ana.



La fiesta interrumpida.

—Ahora que vas á casarte, yo no soy ya útil para nada.

—¿Quién te ha dicho que yo me voy á casar?

—Piet.

—Lo ha soñado.

—¡Cómo! exclamó Hendrick dirigiendo sobre Ana una mirada inquieta.... ¿No está decidido?

—No.

—¿Entonces que es lo que él me ha dicho? ¿No es verdad?

—Seguramente no; pero él se figura siempre lo que no existe. He aqui lo que ha pasado.

Y le refirió la visita de Hantam, la cólera de Piet, y todo lo que habia seguido despues.

—¿Es decir, que tú no le has prometido nada? preguntó Hendrick.

—Te juro que no.

—¿Pero y si exige una respuesta formal?

—Me negaré.

—¿Y por qué?

—¿Por qué?....

A esta pregunta miss Daring comenzó á temblar. Alzó los ojos hácia Hendrick y se encontraron sus miradas. Este movimiento bastó para revelar el secreto que su corazon no se atrevia á confiar.

—¡Pobre hermano! murmuró Hendrick despues de un instante. ¿Cómo desengañarle?

(Se concluirá).

A. D. B.

ALONSO CANO.

LA DUDA Y LA CREENCIA.

I.

En una hermosa quinta situada á la orilla del mar, en la playa de San Lucar de Barrameda, habia ido á pasar el verano el célebre Alonso Cano, pintor, escultor y arquitecto á la vez: era el asombro de los artistas y la gloria de sus maestros, Juan Martínez Montañés, el escultor y los célebres pintores Pacheco, Castillo y Herrera.

Su padre, Miguel Cano, ensamblador y arquitecto de retablos, le habia enseñado la arquitectura, y en las tres nobles artes habia salido consumado artista.

Era de noche, y en un cuarto desde cuyas ventanas se descubria el mar, sentado junto á una mesa estaba trabajando, á la débil luz de una lámpara Alonso, y en un ancho sillón de baqueta se hallaba durmiendo una hermosa jóven.

Alonso Cano, habiendo echado á un lado los dibujos y planos de que se hallaba llena la mesa, habia cogido un libro y leia en él lentamente.

«Nada existia mas que el inmenso caos. Perdianse los siglos en la sombra y el silencio, mil veces mas numerosos que las arenas de los mares, cuando pensativo el Eterno meditaba la creacion del universo. Abrió su sublime pupila, y el fuego de su mirada inflamó la materia. Se estremeció..... estalló, y restos luminosos, mundos, soles y estrellas rodaron por el firmamento.»

Una lejana voz interrumpió su lectura.—Cantaban unos pescadores que salian á la mar.

Serenó está el cielo,
Tranquila la mar,
Y se oye á lo lejos
El viento zumar.
La luna de plata
Se ve rielar,
Marcando en las olas
Su brillo fugáz.
La frágil barquilla
Bogando ya vá,
Y al puerto segura
Dios la tornará.—

Alonso, que habia interrumpido su lectura, exclamó entusiasmado:

—¡Oh producto de un momento.... eterna maravilla! ¡Ángeles del cielo..... cantad! ¡La naturaleza se ostenta poderosa! ¡Oh milagro de fuerza y fecundidad! El Eterno, el Dios único se convierte en trino. Ama, y de repente de su centro de amor se comunica la existencia á la obra universal.

Calló Alonso absorto, ensimismado en su pensamiento, y la voz de los pescadores continuaba oyéndose en lontananza, trayendo muy apagado hasta allí el eco de esta barcarola.

Tórnate ya al puerto
Oh frágil barquilla,
Porque el huracan
Se te arroja encima.

Ruje la tormenta
En noche sombría,
Y solo el relámpago
El cielo ilumina.
Suená la campana
De la aldea vecina,
La tormenta arrecia
Porque se aproxima.
Las olas asaltan
La frágil barquilla,
Rogad pescadores,
Rogad á María,
La estrella del mar!
Rogad de rodillas
Cubra con su manto
La frágil barquilla!

Absorto continuaba Alonso, cuando la mujer que se hallaba durmiendo sobre el sillón en su estancia se despertó como sobresaltada, y se dirigió á aquél:

—¡Alonso!

—María mía.

—¿Quizá te incomodo distrayéndote?

—No, por cierto, estaba pensando en el cielo, y me encuentro con un ángel en la tierra.

—Alonso mio, ¡qué placer siento al verte!

—¿Qué tienes?

—Estoy asustada: he tenido un sueño horrible..... de presagios funestos.

—Disipa las nubes de tu hermosa frente..... No hagas caso de las locas visiones del sueño. Te hallas á mi lado, y despues añadió con amor: deja reposar mi mirada en tus ojos, vierte en el fondo de mi corazon tu plácida sonrisa. Esta noche, María mía, ¡oh santa atraccion de tu amor, todo poderoso! yo subia desde el abismo de la tierra al cielo, y tocaba ya casi en las etéreas nubes..... pero á tu voz, mi alma ha plegado sus alas, y héme á tus pies mas enamorado que nunca. Me parece que hace un siglo que no te hablo. Ninguna divinidad brilla á mis ojos cual tu celestial hermosura.

—No hables así, Alonso, eso es una blasfemia.

—¡Blasfemar, María, cuando se ama! No, cada grito de amor que sale de nuestro corazon sube como incienso á los piés del Criador! ¡Blasfemar! El Eterno no tiene celos. Es el foco de amor; y cuando se ama..... se ora!

—Como tú..... ¡Qué no me fuera dado espresar mi felicidad! Hablas..... y te escucho, y siento que mi corazon, cual un eco fiel repite todos los sonidos de tu voz.—¡Oh, que hermosa alma tienes! y que poco valgo yo á tu lado. ¡Tu amor es tan grande que me aterra! Alonso, añadió arrojándose, perdóname el no ser mas que una mujer!

—Ven á mis brazos, dijo Alonso levantándola. Levántate, alma mía. Tú no sabes cuanto te debo. Sabes tú, bien mio, que sin ti yo me hallaria solo en el mundo, enteramente solo, sin amigos, sin familia. Sábelo María, el artista oculta frecuentemente en el fondo de su corazon una ardiente pasion, ama tan perdidamente y no se atreve á decirlo, tan puros son sus deseos. Solo suspira, sufriendo goza en su dolor..... Desgraciado peregrino, camina hácia la inmortalidad, y tal vez puede morir en el camino; empero yo estoy seguro de llegar á la cima, porque el amor, María, es el pan del pintor, del escultor, del artista, y yo veo al abrigo de tu casta belleza, nacer, crecer y estenderse mi genio. Yo marchó triunfalmente en mi infinito trabajo, y me lanzo glorioso desde su base terrestre, y toco ya en

los cielos el monumento de mi amor, y brillante lo coloco en la cúspide del inmenso edificio..... Como Rafael, colocaré á mi Fornarina en los altares, y haré que el mundo se postre ante ella de rodillas, y que todos tengan celos en las generaciones futuras de mi dicha y ventura.

María, despues de un momento de silenciosa tristeza:

—Escucháme, le dijo, te amo y te he consagrado mi vida..... pero tengo miedo, tú me miras por el prisma de tu genio! Me amas con un amor que mas tarde me matará..... En fin, tengo miedo de esa María, obra de tu talento, á que dan vida tu pincel y cinceles, y que no soy yo misma. ... ¡Dios mio! ¡No es á mí..... no es á mí á la que amas!.... Abre los ojos, Alonso.... ¿Qué me importa el porvenir á mi que no soy nada? Solo tengo un deseo, el de morar en tu corazon, feliz y solitaria, ardiendo cual la lámpara en el fondo del santuario, santa por el lugar santo que la abriga..... y que se apaga exhalando su última chispa en obsequio del Señor! Yo no soy mas que un soplo, una efimera fantasma, no tengo mas que mi amor puro y sincero y solo te amo á ti.

—¿A qué me dices eso? Nunca he dudado de tu casta virtud. ¿Podría mentir una boca tan pura? ¡Ah, si me engañases!

—¿Qué dices?

—Te creo, alma mia. En mi corazon no caben ni sospechas ni celos. ¿A qué pensar en ellos? Tengo confianza en ti.

María preocupada pensaba en el horrible sueño que habia turbado su descanso, y que la habia con sobresalto despertado.

Alonso continuaba diciéndola con el mayor amor:

—Para asegurar el amor que se desborda de mi alma es preciso que desde mañana seas mi esposa.

—¡Tú esposa! exclamó con terror María.

—¿Qué tienes?

—¡Yo! contestó reponiéndose poco á poco María; no quiero..... Te amo y te amaré hasta la muerte..... pero déjame siempre ese nombre de tu querida..... á fin de que si alguna vez perdiese tu ternura, si alguna otra mujer, Alonso, me arrojase de tu corazon..... pueda amarte todavía con mi amor de hermana.

—¡Oh! no digas eso, calla..... ¡qué locura!.... ¿crees tú que se puede amar muchas veces en la vida? Escucha, María; si llegase el día en que debiera romperse el lazo de nuestro amor, de este poderoso amor que nos embriaga, es que entonces uno de nosotros dos habrá dejado de existir. ¿Qué digo? ¿semejante amor se estingue en el sepulcro?.... Mira, María, qué hermoso está el cielo!.... No temamos la muerte; nuestra alma es inmortal! ¿Qué veo? lágrimas en tus ojos, que hermosas son. ¡Esposa!..... Yo estaba loco al hablar así; María, serás mi esposa y mi querida tambien. ¿Qué importa el nombre?.... ¡Te adoro!

II.

A la mañana siguiente, María apenas podia disimular su padecimiento.

Un joven criado de Alonso y que al mismo tiempo le servia para moler los colores y preparar los lienzos, en que bajo la inspiracion de María, pintó las deliciosas imágenes que despues de dos siglos y medio admira con entusiasmo el mundo, vino á interrumpir sus amorosos coloquios entregándole una carta que acababan de traer para él.

Abrióla Alonso Cano y exclamó:

—¡Es de Florencia!

—¡De Florencia! dijo con asombro y alarmada María.

—Sí, María. Es de Sebastian Llano y Valdés, de mi amigo, de un hermano casi..... Llega hoy mismo. Voy á recibirle, á salir al muelle donde me aguarda. Adios..... Deja ese aire triste y sombrío. La tristeza sienta mal en tan lindos ojos. Seca, María, tus húmedas pupilas, no apagues la tímida potencia de tus ojos..... Este día aparece para nosotros alegre y risueño.

—Tienes razon, Alonso, contestó María procurando dar á su rostro un aire alegre y expansivo.

Alonso la estrechó amoroso entre sus brazos depositando un beso en sus rosadas mejillas, y marchó al encuentro de su amigo, del hermano á quien tanto amaba su corazon, con el alma llena de esperanza y de alegría.

En tanto María le seguía con los ojos, y sin saber por qué se sentia acometida de un invencible terror.

—¿Crees tú, se decia á sí misma, que se puede amar muchas veces en la vida? repitiendo estas palabras que Alonso Cano la habia dicho y que se habian grabado hondamente en su corazon.

Y sin embargo, María amaba á Alonso Cano.

Hallábase sumergida en la mas terrible turbacion, no pudiendo ella misma olvidar su pasado y se volvía loca al ver que podia tal vez hallarse frente á frente de un hombre cuyo nombre habia borrado de su corazon.

En vano trataba de calmar su inquietud, en vano recurrió á la distraccion de la música, arrojó de sí la mandolina y su voz en vano intentaba cantar.

Fuera de sí y con la mayor agitacion se asomaba á la ventana para ver volver á Alonso Cano con aquel hombre que era su amigo, que era su hermano y en quien su corazon le hacia adivinar un enemigo.

Horrible era su situacion..... ¿qué iba á ser de ella?

Pareciale imposible que aquel Sebastian que esperaba Cano, fuese el mismo cuya presencia tanto la alarmaba y que le anunciaba un secreto instinto.

Miraba y miraba sin cesar hácia el puerto.

Al fin los vió venir.

Era el mismo!.....

A punto estuvo de morirse y se retiró de la ventana encerrándose en su aposento.

III.

Alonso Cano entró en su casa abrazado con Sebastian, radiante de alegría y reputándose el hombre mas feliz del mundo.

¡Cuántas veces habia soñado con la vuelta de su amigo, de su hermano!.... al fin, volvía á verlo..... y por largo tiempo esperaba vivir reunido con él.

Sebastian le daba las gracias y al verse con tanto entusiasmo acogido por Alonso, demostraba su estrañeza porque esperaba le recibiese con un sermon.

—Tienes razon, le decia Alonso. El sermon de costumbre: déjame que tome un aire severo; y cruzando los brazos y con un tono cómico de reconvenccion, prosiguió: Al fin, hijo pródigo, vuelves á la casa paterna despues de haber vivido en el libertinaje..... en el desórden.... ¿qué ha sido de tí, cómo has encontrado medios de viajar tan largo tiempo no teniendo que devorar sino un modesto patrimonio? ¡Cinco años fuera de Sevilla! sin acordarte de un hermano

que allí dejabas y que tanto te ama.... ¡ingrato, venir tan tarde!

—Yo te aguardaba todos los días, le contestó Sebastian; yo quería obligarte á viajar tambien. Yo soy el que debo de quejarme. ¡No venir cuando te estaba aguardando!

—No me gustan los viajes.

—Pues es una cosa hermosa, hermano. Andar errante sobre el Océano al través de las tormentas sin cuidarse de lo que se siente, olvidarse de donde se viene para no pensar sino adonde uno va: descansar un día en un pueblo tranquilo, ó hallarse otro en un pueblo irritado que se levanta y se agita ó por la libertad ó por cuestiones religiosas: ser el juguete del agitado mar cuando retumba el trueno y brilla el relámpago, y siguiendo el ímpetu majestuoso de sus olas sumergirse en el abismo ó tocar en la cima de los cielos: arriesgar su existencia sin miedo ni pesares, podrás creer que es una locura pero es mi delicia, mi existencia.

—Hablas como un poeta.

—No, como un filósofo.

—¡Vaya un profundo pensador!

—No te burlas, hermano. Convéncete que soy mas viejo que tú. Aunque jóven todavía, he vivido mucho. Sin saber como, he vaciado de un sorbo mi copa de ambrosía, lo he bebido todo á la vez para llegar al fin. El destino mio era particular. ¿Te acuerdas, Alonso, de que á pesar del arte de Hipócrates fué siempre delicada y débil mi salud? Un día la ciencia pronunció su fallo sobre mi destino.... Yo estaba allí oculto, amigo y hermano mio, y todo lo oí. Tú lo sabes: el médico decidió que apenas llegaría á la primavera de la vida. Lo creí riendo y desafié mi suerte. Vivamos, me dije, alegre, feliz y contento hasta la muerte, no dejemos marchitar mis días en el dolor y padecimientos. Cinco años bien empleados, bien valen toda una existencia. Apresurémonos á vivir y á gozar. Entonces he viajado.... he querido aturdirme.... he visto muchos países para distraerme. Para encontrar la felicidad he recorrido la tierra y siempre la felicidad iba huyendo delante de mis pasos. He buscado amigos.... he encontrado ingratos! He jugado, he perdido. Tú conoces el refrán, desgraciado al juego, afortunado en amores. Habien lo perdido mucho, busqué el amor.... pero las mujeres me han dado entonces mas de un chasco. Mentía el refrán, ¡Oh! las mujeres, las mujeres en todos los países son las mismas, en todas partes engañan. Estoy corregido. En el fondo de mi corazón las he condenado á todas. He aquí el resultado de mi vieja juventud. Quería ser feliz, he sembrado la riqueza, empero ¿qué he recogido en cambio del oro que sembraba? Algunas veces el placer, la felicidad nunca. A pesar mio pensaba en el pérfido oráculo del médico.... Cuanto mas tiempo pensaba, mas codicioso era de todo. Mi alma no hacía mas que desflorar lo que cualquiera otro hubiera podido saborear. Pagaba locamente cualquier frívolo capricho y todo lo he gastado. Sin una blanca y por resultado de mi agotada hacienda la duda, el fastidio y el hastío, sin mas abrigo que el cielo, me he dicho: volvamos á Sevilla, tomemos presto el vuelo; hagamos como el pájaro que viene á buscar su tumba cerca de su cuna.... Hasta entonces quería vivir de mi miseria porque llegaba á dudar de todo, hasta de tí, mi querido amigo y hermano. Y esta rara felicidad que en vano buscaba la he sentido casi cuando muriendo de hambre, agobiado de fatiga y maldiciendo la vida, al desembarcar, he respirado el aire puro de mi hermosa patria.

—Te compadezco, hermano, contestó tristemente Alonso,

tu historia me ha hecho mal. La duda, Sebastian, es un veneno fatal que seca el corazón sin destruir su existencia. La duda es el infierno, es peor que la demencia; pero tú no dudas, estoy seguro. Y añadió riendo, si tú quieres dudar.... duda del médico que te había condenado, por que con placer y alegría veo que la cruel muerte no quiere su presa.... tú serás todavía feliz: el oro da el placer y nada mas.... tú mismo lo has dicho.

—Vas á convertirme, le contestó friamente Sebastian.

—La felicidad, le dijo Alonso, es un ser tímido que no ama el brillo de aquel pérfido metal.... Es preciso domesticarla porque se asusta del ruido: si se la persigue huye inmediatamente. Va siempre unida á las santas creencias. Es la recompensa del hombre que trabaja: aborrece sin piedad á esos perezosos que piensan que el mundo todo es para ellos, que arrojando á la ventura á su paso el oro, despreciando el genio, insultando el valor, quieren, cueste lo que cueste, deslumbrar al pasar. Ignoran que el oro es impotente. Tienen humo, pero nunca fuego.... El placer es el cuerpo, la felicidad, es el alma.

—Alonso, yo no quiero discutir contigo, hablaríamos largo tiempo, y no nos entenderíamos. Yo creo.... lo que creo. La felicidad es una palabra vana, un sueño, una quimera.

—Pues yo, hermano mio, la he encontrado, y sin abandonar mi patria y mis pinceles un solo día, pensando en el porvenir en esta modesta mansion. Yo no comprendo, esta es mi idea, que toda alma no esté destinada á dejar en este destierro de donde tan pronto ha de salir, un vestigio de nombre que viva despues de su muerte. Sebastian, hace largo tiempo que yo tengo aquí.... aquí en mi cabeza, un fuego que la consume.... ¡en fin, yo tambien soy poeta! pero yo tengo necesidad de calma y de serenidad, lo conozco; esta frente con frecuencia exaltada se haría pedazo al choque de cualquier golpe terrible. Afortunadamente para mí, en esta pacífica mansion todo me sonríe y además.... poseo el corazón de una mujer, Sebastian, que es un modelo de dulzura. Una virgen de Rafael, pura.... como un cielo sin nubes, que viviendo para mí solo ignora su belleza: ángel bello de candor y de fidelidad que me ha dado la suerte, ¡rosa apenas abierta que inspira mi corazón y perfuma mi vida!

—¿Es la primera vez que te has enamorado? le preguntó Sebastian.

—Sí.

—Ya lo veo.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó asombrado Alonso.

—Nada, le contestó Sebastian paseándose con afectación.

Deteniéndose de pronto, continuó:

—Tengo esperiencia. Te lo he dicho, no me fió de ninguna mujer. Tengo miedo, mi querido Alonso, de que no hayas caído en las redes de unos ojos engañosos: si así es, te compadezco. Si te crees amado, trata de desechar esa opinion, porque llega un momento en que todo se desvanece. Yo puedo asegurarte que en toda la tierra, no se encuentra una mujer sincera.

—Posible es, que tan raro tesoro no pueda pagarse con todo el oro del mundo, pero yo te aseguro, que aunque esa mujer sea sola y única en el mundo, es la que yo posco.... y vas á verla.

—Muchísimo lo deseo.

IV.

Llamó Alonso á un criado, y mandó que avisase á María que deseaba verla. Pocos momentos despues entró María acompañada del criado que entregó un pliego á Alonso Cano.

Al ver Sebastian á María, hizo un movimiento de sorpresa, empero ésta le saludó friamente cual si no le reconociese ni jamás le hubiese visto.

Como Alonso Cano, se habia puesto á leer el pliego que le habian dado, no pudo apercibirse de la sorpresa de Sebastian y de la alteracion de su rostro.

—¡No es verdad que es hermosa! dijo al acabar de leer el pliego á Sebastian, y que yo tenia razon cuando te hablaba de ella....

Y despues mostrando el pliego les dijo: El corregidor de San Lúcar de Barrameda, me llama al instante para hacerme un encargo del ministro del rey el conde-duque de Olivares. Voy y vuelvo corriendo.

Y dirigiéndose despues á María:

—Este es mi amigo, mi hermano.... ya verás que la ausencia ha cambiado su moral.... cambiado casi los colores del retrato que yo te habia trazado. Pretende, María, que en todo el mundo no hay una sola mujer sincera y fiel. Se llama filósofo negando la felicidad. Estoy seguro de que no lo dice de corazon y cuando te conozca veremos sin pena disiparse los errores de que está llena su alma. Adios, vuelvo muy pronto.

María salió acompañándole hasta la puerta.

V.

En tanto que María acompañaba á Alonso, Sebastian se habia quedado inmóvil compadeciendo á su pobre amigo, contemplaba aquella belleza que amaba tan tiernamente y meditaba en la facilidad del corazon de la mujer para enganar al hombre. Sebastian no tenia creencias algunas, habia en su deseo de extinguir la vida en goces materiales, recorrido en los cinco años en que se habia consagrado al placer, toda la carrera del vicio. No sabia que camino tomar en la difícil circunstancia en que se encontraba en la casa de su amigo, de su hermano casi.

María volvió apenas hubo salido de la casa Alonso, y su rostro antes sereno é imperturbable dejó ver la contraccion del terrible pesar que le destrozaba el alma.

—Sí, Sebastian, soy yo: hace un momento que mi corazon está lleno de terror. Vas á saberlo todo si quieres comprender.... ¡escúchame, Lorenzo, porque entonces así era como te llamabas. Tu amigo, tu hermano mas bien, como él te llama, me adora y yo tambien le amo. ¿Quiéres con una sola palabra romperlo todo?.... es su vida ó su muerte.... ¡moriria! yo te suplico que no le digas nada.... nada.

—Tranquilízate.

—¿Quiéres que me arroje á tus piés?... habla.... ¿qué quieres?.... quieres que muera.... ¡moriré! Y al mismo tiempo se arrojaba á sus piés.

—¿Quién te ha dicho, María, contestó Sebastian levantándola del suelo, que yo quiero ahora que mueras? ¿Tú suplicarme á mí?... yo soy el que debe rogarte, yo el que debe temblar, yo solo soy el culpable.... así desde aquel dia.... me agobian los remordimientos. Si rompí mi solemne juramento, fué por un desafío.... sí, un desafío.

—No.... no.... fué mia la culpa. Tu alma, lo veo, es todavía noble y elevada, te echas una culpa que solo debe pesar sobre mí, conozco que eres bueno y se disipa el temor de mi corazon. Yo soy la que no he sabido cautivar y conservar tú amor. Tú.... no le dirás nada.... los tres seremos felices en esta mansion, si quieres callar.... ¡Oh! ¡yo te amaré como se ama á un hermano!

Sebastian que antes habia abandonado á aquella mujer esperiméntó un extraño movimiento, y por la primera vez se sintió conmovido por el sonido de aquella voz, y así con todo el aire que la pasion inspira:

—Siempre te amo.... la contestó, ¿por qué hacer de mi amor un crimen? tus ojos no hacen víctimas impunemente. ¡Cuántas veces he sentido que mis pasos me arrastraban hácia tu corazon, me arrastraban á tus brazos! así yo te amo siempre. Aun conservo tu querida carta que no cambiaria ni á precio de mi vida, aquella carta tuya que firmó mi felicidad, que he llevado sobre mi corazon mucho tiempo y que conservaré siempre.

—Oyeme, Lorenzo, y déjame que te dé este nombre bajo el que tanto te amé.... yo no temo la muerte. De una sola palabra tuya va á depender ahora mi suerte.... ¡Lorenzo! piensa en tu amigo, y si puedes... olvida quien soy yo. Estáte seguro de que si yo quiero vivir, es por él, por él solo, por tu amigo, por tu hermano, ¿entiendes? ¿Le conoces tú bien.... sabes tú qué virtud.... qué aliento creador fermenta en su cabeza, sabes tú lo que es Rafael, Julio Romano, Miguel Angel? ¿me comprendes?.... no es el amor, es un culto, una hoguera que arde noche y dia, un ser divino. ¡Si vieras su alma!.... no es por mí por quien arde aquella llama, es mi divinidad la que llena de incienso y sin la cual no puede pasar. Respóndeme, ¿lo comprendes? Sí.... verdad es que yo no soy sino una mujer envilecida. El lo es todo.... ¡y yo nada!.... pero esta nada es su vida, ¿me comprendes?....

—Comprendo.... contestó con el mayor cinismo, tranquiliza tu terror, te amo.... y vive Dios que, lo entiendo....

—¡Ah! exclamó con desesperacion María. ¡no me comprendes!

—Comprendo perfectamente, María: es preciso que Alonso viva, que tú amor le embriague.... que no viva sino para tí.... y puesto que está en un error, nada le diremos pero ¿respóndeme? y al mismo tiempo la cogió la mano que María retiró con dignidad.

—Sí, Sebastian, te adora, ¿pero has olvidado tú nuestros dias de felicidad? ese recuerdo encantador, no me ha abandonado jamás. ¿Quién? ¡yo! ¿venderte yo? ¡has podido pensar, hermosa mia!.... yo te amo con el mismo ardor que antes.

Al pronunciar en voz baja estas palabras, trató de darla un abrazo, que María rechazó con energia.

—Calla.... le dijo, ¡corazon sin nobleza, corazon de piedra; tú quieres villanamente tentarme! ¡Lorenzo, Dios nos juzgará á los dos, y yo débil y tímida levanto muy alta mi frente.... tú, pérfido, tienes que bajar la tuya! Desgraciado el dia en que vinistes á profanar friamente el dulce nombre del amor. ¡Mintió tu lengua hipócrita, mintió tu corazon que se agita sin remordimiento! Tu corazon sin pudor, supo entonces commover el mio. ¿Qué hicistes? dime ¿por qué medio, por qué secreto veneno, por qué trama infernal pudistes inspirarme aquel fatal amor?.... ¡era yo tan jóven entonces!.... creí en tu honor... y ahora conozco que tu presencia me causa horror! Nada espero de tí, habla, termina tu mision, al nombre de raptor une el de vil

delator.... marcha, corre.... pero tiembla también; pronto debe de tener un término tu impunidad.

Y lanzando una sublime mirada de desprecio sobre Sebastian, se salió María dejándole confundido bajo el peso de sus imprecaciones.

VI.

Al cabo de un momento, repuesto Sebastian de su turbación se asombraba de que aquella tímida criatura, una niña casi, le hubiese hecho temblar. Tenía á todas las mujeres por pérfidas que con sus llantos intimidan; creía que aquella mujer que se le resistía y que antes le habia pertenecido, no estaba enamorada de su amigo sino porque era rico, y lleno de despecho y de celos se propuso desengañar á su amigo, á fin de que en aquel mismo dia abandonase á aquella mujer, vengando así á un mismo tiempo su desden y haciendo un gran servicio á Alonso Cano. Sabia muy bien que ciego de amor éste no le creeria si no le presentaba una prueba irrecusable.

Fué pues, á buscar las cartas que conservaba de María y en las que su sencilla amante, se habia entregado incautamente á él, en el tiempo de su loca pasión.

Llegó Alonso Cano de vuelta de casa del corregidor de San Lúcar, radiante de alegría. Iba al fin, á salir de su oscuridad, el porvenir se le ofrecia risueño y feliz. El conde-duque de Olivares, el poderoso ministro de Felipe IV, le llamaba á Madrid para encargarle la pintura de los salones principales del palacio del Buen Retiro. En el colmo de la alegría y abrazando á su amigo le decia:

—¡Qué feliz soy, tu vuelta tanto tiempo esperada, y mi llamamiento á la corte son demasiada felicidad para un solo dia!... Cuando mi María sepa esta noticia... ¿no está aquí!... Sebastian, ¿dónde está?

—Tú lo has dicho, le contestó hipócritamente Sebastian, es mucha felicidad para un dia.

—¿Qué vas á anunciarme? le dijo alarmado Alonso.

—Cuanto mas sereno está el cielo.... mas sombría es la tempestad; ¿tienes alma?

—¿Dónde está María? María.... gritó alarmado Alonso.

—En vano la llama su amante, no vendrá....

—¿Qué hace?

—No vendrá....

—¿Qué ha sucedido?.... habla.... habla, ¿no ves que me estás matando?....

—¡Pobre insensato, creías poseer un ser imaginario!.... Alonso, te amo demasiado para hacerte de ello un misterio. Ese ángel de candor.... sí, que yo he visto aquí....

—¿Y bien? exclamó casi desfallecido Alonso.

—Yo tenia razon.... te engaña tambien.

—¡Mientes!.... sí, tú mientes, deberias decírmelo porque vas á matarme.... sí, tú mientes.... tú has querido solo asustarme ¿no es verdad? ¡¡María!! gritó al mismo tiempo con voz terrible.

—He dicho la verdad, contestó con la mayor frialdad Sebastian.

—Si no fueras mi amigo.... mas bien mi hermano, esa indigna mentira hubiera recibido ya su recompensa.

—¡Recompensarias bien mi amor, Alonso! contestó siempre con frialdad Sebastian, te perdono ese movimiento de ira... y te compadezco porque sufres.

Alonso se dejó caer sobre un sillón agobiado de su dolor y Sebastian paseándose por la estancia continuó:

—Mucho me duele, pero culpa tuya es... respóndeme: ¿en dónde has encontrado por primera vez á esa mujer que te ha fascinado con su interesante voz? Despertado por su aire angelical, tu corazón virgen todavía se sintió inflamado con su amor y entusiasmada tu alma de artista con tu bella conquista has tratado de embellecerla, creyendo haber encontrado ese ser que cada cual se forma en sueños.

—No, no te creo.... esa es una infame y odiosa mentira....

—Bueno, contestó friamente Sebastian.... pues he mentido.

—Sospechar de esa mujer.... equivale á negar la existencia de Dios....

—Bien. Es un tesoro de amor, de candor, de virtud.... te lo decia por reír.... Adios.

—No, dijo levantándose impetuosamente Alonso, tu aire impasible no puede perturbar así la tranquilidad de mi alma, y lejos de detenerme por una sospecha, esta noche misma delante de Dios al pié del altar voy á darla mi nombre.

—¿Querrias casarte con ella?

—Sí, hoy mismo.

—¿Quién.... tú? ¿darla tu nombre?.... escúchame, yo te amo como un hermano, comprendo cuanto debes padecer, pero quiero evitarte un tardío arrepentimiento. Ya no titubeo, toma y lee.

Y al mismo tiempo entregó á Alonso una carta que tomó con mano convulsa y se puso á leer ávidamente.

—Horrendo delirio, no me atrevo á mirar.... decia Alonso... ¡Dios mio! ¿qué voy á leer? *Yo te amo.... yo te amo*, he visto esta palabra, abrasa mis ojos.... esta imprevisa desgracia hiere mi frente como el golpe del rayo. Ahora, María, nada podrá ya absolvete. Sebastian, déjame solo.

—Muy á pesar mio, te he revelado este secreto, pero era mi deber.

—¡Te doy las gracias!

—No te irrites mucho con ella.... te lo suplico, es preciso ser clemente con estos ángeles degenerados.

Alonso no le oia entregado á su dolor, y Sebastian salió de la estancia, admirando cuanto era el amor que tenia su amigo á María.

VII.

Alonso, que habia visto quebrantarse en un solo dia toda su existencia, continuaba absorto leyendo y volviendo á leer aquella carta fatal que disipaba todas sus ilusiones. Alonso amaba ciegamente á María. No sabia como poder soportar su presencia, formaba y desechara en su agitada imaginación mil contrarios planes. Resuelto se hallaba á huir de ella cuando María entró en la estancia y arrojándose á sus piés, con las manos juntas en ademán suplicante le dijo:

—Escúchame.

—¡Vos aquí, señora.... dijo con voz terrible Alonso, y á mis piés! ¿qué causa vuestro terror? solo el criminal suplica de rodillas, la inocente está siempre de pié.

—Alonso, toma mi vida, pero en cambio escúchame.

—Una sola palabra bastará, señora, dijo Alonso con voz atronadora y presentándole la carta, ¿conoceis esto?.... respondió, María.

María estaba á punto de fallecer.

— Responded, ¿es esta vuestra letra? aguardo una sola palabra.....

— Es verdad, pero juro.....

— ¡Silencio! una palabra todavía: ¿á ese.... hombre, le amábais?....

— Sí, pero escuchadme.....

— No, la interrumpió con desesperacion Alonso, conozco la influencia de tu dulce voz, y me harías creer todavía en tu inocencia..... ¡Infame! ese acento interesante de verdad..... esa ardiente mirada, ¡no eran sino un fingimiento! Qué..... ¿cuándo has pronunciado para mí esa dulce palabra, *te amo*, ya se la habías dicho á otro?.... ¡blasfema!.... cuando viniste á arrojarte en mis amantes brazos ya estaba mancillada hacia tiempo tu frente. ¡Atrás!.... ¡huye de mí..... hipócrita cortesana..... no te conozco..... atrás. ... maldita seas!

Cada palabra era una puñalada que atravesaba el corazón de María. Esta, hecha un mar de lágrimas, se arrastraba á los piés de Alonso.

— No me maldigas, Alonso, no, le decia, no, te lo suplico, perdóname, óyeme y despues me quitarás la vida.

Inflexible Alonso, la miraba friamente á sus piés con el mas desdenoso desprecio.

— Inútiles son, señora, vuestros juramentos y vuestros gritos..... ahí teneis oro.... salid de aquí.

Y al mismo tiempo la arrojó un bolsillo lleno de oro.

Entonces María se levantó con dignidad y con noble altivez le dijo:

— ¡Oro! ¡oro para mí! y arrojarme así de tu presencia sin oirme ni una sola palabra! Aunque fuese mil veces mas culpable, yo esperaba merecer de tu parte mas compasion. El juez al condenar á muerte á un criminal le concede elemente algunas palabras para su defensa..... ¿Lo has hecho tú conmigo, cruel?

Aterrado con la fuerza de esta razon, Alonso la permitió hablar y María continuó:

— Pues que lo permites.... escucha tranquilo un momento. No, Alonso, no he merecido tu maldicion..... pongo al cielo por testigo de que mi alma es siempre pura. Sí, lo juro. Desde el primer dia en que te ví..... tú fuiste mi único amor. Hubiera debido confesarte esta falta pasada. Si lo hubiera hecho me hubieras abandonado. ¡Oh! ¡si tú lo supieses todo!.... ¡Si yo te lo dijese me compadecerías en vez de maldecirme! Si supieses como me vendió ese hombre, como supo interesar mi corazón..... decia que era un desgraciado proscrito. y yo le compadecia al escuchar su desgracia: me dijo que me amaba..... y yo le entregué mi alma. ¿Te conocia yo acaso entonces? El pérfido mentía. Despues que dominó en mi corazón me abandonó dejándome deshonrada..... me dijeron que habia venido á Sevilla y vine aquí..... ¿con qué esperanza? ¿era la de vengarme? no lo sé; pero vine aquí: en vano lo busqué por todas partes; en fin, Dios sabe que iba á morir cuando de repente te ví, Alonso: no sé lo que á tu vista sintió mi corazón..... y como me mirabas con dulzura, un nuevo sentimiento absorbió mi existencia; todo desapareció en mí, hasta el nombre del traidor..... me olvidé de mí misma y no ví mas que á tí. Recuerda nuestros hermosos dias de embriaguez, aquellas conversaciones tan largas y tan cortas, aquellas enamoradas miradas, aquel elocuente silencio de dos amantes felices, y dime ahora que no te ciega la cólera, si eses el amor de una mujer perdida.

Fascinado Alonso con las palabras de María, pesábale en el alma la crueldad con que la habia tratado.

— Dime, continuó María, cuando esta mañana querias ante todo el mundo darme tu nombre y tu mano al pié de los altares llamándome tu esposa, ¿lo he aceptado yo? responde.

Alonso permaneció silencioso y confuso.

— En mi lugar, Alonso, ¿qué mujer hubiera obrado así? y mas tarde, cuando ese hombre, de mirada de víbora, ha venido á esta casa.....

— ¡Qué! ¿era él! ¿mi amigo, el que yo tenia por hermano? le interrumpió con fuerza Alonso.

— Sí, él era. Que ¿no lo sabias? ¿Sabes tú lo que decia cuando llena de alarma, le suplicaba, para que callara, de rodillas, con los ojos bañados en lágrimas? El infame que-ria, sí, seducirme todavía..... á tan vergonzosa condicion he preferido la muerte.....

Y añadió despues con una amarga ironía:

— Aun me amarias todavía si yo en mi demencia hubiera querido comprar su silencio con un segundo deshonor.

Entonces Alonso cayó á su vez de rodillas delante de María exclamando con toda la efusion de su alma:

— ¡Oh! yo te amo siempre, María..... perdona.....

— Es demasiado tarde. Todo se ha roto entre nosotros. Ve á buscar á cualquier parte una doncella pura; ve á coger esa flor en el seno de su familia, en el momento en que su frente se abra al dia..... que no haya sentido todavía nada..... y que crea que el amor es el casto beso que da á su madre..... y sin embargo, Alonso, añadió interrumpiéndose con desesperacion, mi amor á tí fué sincero. Me alejo para siempre de tu vista. Es indispensable. Lo pasado mancillaria el porvenir..... Te conozco bien, olvida si puedes hasta mi nombre..... yo te lo suplico, Alonso; no abandones tu alma á todo su dolor... yo no merecia poseer tu corazón... Alonso, perdóname haber tenido tu amor, y haberte mentido para ser tu amante.

Y despues con una emocion desgarradora añadió:

— Alonso, ya no nos volveremos á ver sino delante de Dios. ¡Tú, me has maldecido! ¡yo te bendigo!., ¡Adios!

Y se salió corriendo de la estancia.

VIII.

Alonso se levantó presuroso para detenerla, corrió á alcanzarla, pero cuando llegó á la puerta ya habia salido María de la casa. Alonso habia visto desaparecer, desvanecerse en un solo dia todo su porvenir de ventura y de felicidad. Ardía su cabeza, lamentábase de su inmerecida suerte, nada le quedaba sobre la tierra.... nada.... escepto la muerte. Pensó en ella; empero en breve sus arraigadas creencias de cristiano le hicieron ver que era una cobardía morir tan jóven, desconocido, solitario, sin dejar nada en el mundo de aquella grande inteligencia con que Dios le habia dotado; avergonzóse de haber pensado un momento, de haber querido darse la muerte para olvidar la mujer que amaba; pensó vivir para las artes y para la gloria; lamentándose en su delirio de que sus ojos ya no hallarian aquella celeste sonrisa y aquellas celestes miradas que le inspiraban para pintar los ángeles del cielo y las vírgenes que salian de su pincel, que un pueblo entero adoraba en los altares. Creia que un hombre no debia morir sin dejar nada sobre la tierra, sin concluir la mision divina que el Creador le habia impuesto al enriquecer su imaginacion con un rayo de su divina inteligencia.

IX.

Apenas se había calmado su agitación cuando Sebastian, que durante habían pasado estas terribles escenas había estado almorzando alegremente y venía con la cabeza algo perturbada con el vino, se presentó á su vista y le dijo:

—Alonso, no creí que se comiera tan bien en casa de un pintor. He almorzado como en mis buenos tiempos. He visto pasar..... ya sabes, esa mujer... que acabas de despedir. Espero que te habrás portado con calma y nobleza. Perfectamente..... temía tu debilidad. ¡Qué diablos! aleja la tristeza de tu corazón y diviértete como yo. Tú deberías viajar..... Alonso, déjame hacer y yo sabré distraerte de este loco amor. Ya verás mis medios de curarte..... fácilmente.

—Calla. No abuses de mi abatimiento; contestó Alonso, que parecía al principio no escucharle. Tengo tan oprimido el corazón que nada puedo decir, pero pronto á mi dolor reemplazará el delirio. Si me quieres creer véte, no aguardes á que despierte.

—¡Abandonarte yo en semejante momento, cuando padece tu corazón, cuando está enferma tu cabeza! no, yo quiero curarte de ese mal que degrada, de ese ridículo amor de una mujer perdida.

Alonso conteniéndose, con una voz sorda le dijo:

—Déjame..... ¿me oyes?

—¡Yo dejarte! repuso friamente Sebastian; lo he oído muy bien; pero quiero curarte, aunque sea á costa de mi vida.

Ya exasperado Alonso le gritó:

—¡Dios mío, véte..... véte!....

—Estás loco, amigo mío, piensa en tu porvenir, que es todavía muy hermoso.

—¡Mi porvenir, dices, mi porvenir! ¡amigo mío, tú lo has disipado! ¿No podías haberte callado? ¿por qué no me dejaste vivir en mi error..... ¡mi porvenir! ¡ay! estaba en su corazón, en su amor..... ¿qué importa que fuese fingido ó verdadero, pues que yo lo creía sincero? ¡El dolor me agobia, Sebastian, me has muerto!....

—Nadie se muere por eso. Ya sé yo lo que son esas cosas: he pasado por ellas. Si se muriesen todos los que engañan las mujeres ¿qué sería de la pobre humanidad? Todo pasa, Alonso.

—Véte, retírate, Sebastian, me vuelvo loco; véte si me crees..... no sé..... pero conozco que me era fiel. Se ha marchado, ¡y á dónde habrá ido!.... Sebastian, corre á buscarla, díla que vuelva, que no creo todo lo que me has dicho..... que tú solo eres culpable. Pero marcha..... si tú supieses todo lo que yo tenía aquí..... dijo golpeando su frente, y al mismo tiempo con la vista espantada, añadió: y tú..... tú, que con una sola palabra has destrozado mi existencia, permaneces quieto, riéndote de mi dolor?.... ¿no has visto cuantas veces mi mano ha acariciado involuntariamente este puñal para traspasarte el pecho?.... por Dios te lo suplico, en nombre de nuestra antigua amistad, véte. Si hasta aquí he reconocido en tí un hermano, podré olvidarlo.

—¡Un pintor, un grande artista, un corazón generoso succumbir al peso de semejante desgracia..... eso es vergonzoso..... dormías y te he despertado, olvidala. En cuanto á esa mujer, es jóven y bonita y encontrará quien la consuele. ¿Quién sabe?.... quizá en este momento estará en los brazos de algun antiguo amante.

En aquel instante se oyó por la parte de afuera un confuso rumor de voces y de gritos.

Agrupábanse cerca de la playa las gentes del pueblo. Acababan de sacar de las olas á una mujer que se había arrojado al mar.

X.

Alonso, al oír los gritos del pueblo, se asomó al balcón de su estancia que tenía vistas á la playa, y allí, con la vista fija en la mar contemplaba lo que pasaba y comprendió inmediatamente el terrible espectáculo que tenía ante sus ojos.

—¿Qué es eso? le preguntó con indiferencia Sebastian.

—¡Infame! le contestó Alonso, cogiéndole por el brazo y arrastrándole con fuerza hácia el balcón.

—Mira, Sebastian, mira esa mujer que acabas en este instante de sacar de las olas..... dime..... ¿no la reconoces? ¡acaba de espirar!

—¡Muerta! exclamó lleno de terror, espantado Sebastian.

—¡Esa es tu sentencia! gritó con furor Alonso.

—¿Pero qué intentas hacer? contestó temblando Sebastian.

—¿Estás dispuesto á morir? prepárate.....

—Alonso..... soy tu amigo, casi tu hermano.

—¡Tú mi amigo..... mi hermano..... mientes, tú no crees en nada!

—Creo en la vida y en sus goces.

—¡Desgraciado! tú has destruido todo en mí, gloria, amor, esperanza, nada me dejas..... ni aun la venganza, y cuando me ves dispuesto á castigarte, temes morir, morir en un instante..... de un solo golpe..... sin tormento..... insensato, defiéndete ó te mato!

Y al mismo tiempo, arrancando violentamente dos espadas de una panoplia que había colgada en la pared de su aposento, dando una á Sebastian se puso inmediatamente en guardia.

Alonso Cano era muy diestro en la esgrima, y así fué de corta duración aquel terrible duelo.

Sebastian cayó con el corazón atravesado de una estocada.

XI.

Alonso Cano tuvo que huir á Madrid para evitar el rigor de las leyes, que castigaban severamente el duelo.

Nadie había sido testigo de él y podía pasar por un homicidio común, cuyo rumor acreditaban los muchos enemigos que había creado á Cano su gloriosa reputación de artista.

El conde-duque de Olivares protegió á Cano, y en vista de las obras de pintura y de escultura que ejecutó en la corte, llegó hasta á ser nombrado pintor del rey y maestro de dibujo del príncipe don Baltasar Carlos.

Llegóse á olvidar con el tiempo y con las buenas influencias de Alonso, su desgraciado desafío de Sevilla; empero su genio, antes tan manso y apacible, se convirtió en ágrío y provocativo, lo que le originó no pocos disgustos en el curso de su larga y azarosa vida.

El grande artista vivía cómodamente en Madrid, y se había casado, cuando una imprevista desgracia le lanzó á nuevos y terribles disgustos.

El 10 de junio de 1684, segun refiere don José de Pelli- cer y Tovar en sus Anales, un pobre que acudía á su casa para copiar sus pinturas, valiéndose de la ausencia de Cano, sorprendió á su mujer en la cama y la asesinó, y oyendo Alonso que la justicia sospechaba de él y que se le for-